

da (1) del mástil mayor de nuestro navio, en la que me sentaba para dominar las olas que á mis piés murmuraban. Encerrado durante la noche en mi estrecha cama, prestaba oído al rumor del agua que corría á lo largo de los costados, bastándome alargar el brazo, para tocar desde mi cama mi ataúd.

»No obstante, el cristal de las aguas que nos habian dado las costas de la Francia empezaba á alterarse, por lo cual se resolvió abordar á las inmediatas islas. Saludamos los genios de aquellas tierras propicias: dejamos á nuestra espalda á Fayal, embriagada con sus vinos, á la Tercera, de perfumadas mieses, á Santa Cruz, que no conoce los bosques y á Pico, cuya cabeza ostenta una cabellera de fuego. Semejante á una bandada de palomas de paso, nuestra flota fué á plegar sus alas á las costas de la mas solitaria de las hijas del Océano.

»Algunos marinos habian desembarcado y yo les seguí; pero mientras se detenian en la márgen de un manantial, me extravié en las playas y llegué á la entrada de un bosque de higueras silvestres; la mar se estrellaba gimiendo á nuestros piés, y en sus movibles cimas se escuchaba el áspero silbido del viento del Norte. Poseído de íntimo horror, penetré en la espesura de aquel bosque á través de las blancas arenas y de los estériles juncos. Al llegar á la estremidad opuesta, mis ojos descubrieron una estatua sostenida por un caballo de bronce, que con su diestra señalaba las regiones del Poniente (2).

»Acerqueme á tan extraordinario monumento: en su base, bañada por la espuma de las olas, aparecian grabados ciertos caracteres desconocidos: el musgo y el salitre de los mares corroian la superficie del antiguo bronce; el alcion, posado sobre el casco del coloso, prorumpía á intervalos en lastimeras voces; los mariscos se adherian á los costados y crines del caballo; y cuando se aplicaba el oído á sus abiertas narices, creíase oír confusos rumores. Ignoro si alguna vez se ha presentado espectáculo mas asombroso á la imaginacion de un mortal.

»¿Qué dios ó qué hombre erigió aquel monumento? ¿qué siglo, qué nacion le colocó en aquellas costas? ¿qué enseña con su estendida mano? ¿Quiere predecir alguna gran revolucion en el globo, que vendrá del Occidente? ¿O es el genio de los mares que guarda su imperio, y amenaza al que intente penetrar en él?

»Al aspecto del maravilloso monumento, que me anunciaba un negro océano de siglos trascurridos, conocí toda la impotencia y rapidez de los dias del hombre. Todo nos huye en lo pasado y en el porvenir; que saliendo de la nada para llegar al sepulcro, apenas conocemos el momento de nuestra existencia.

»Dime prisa á volver á los bajeles, para referir á Ononthio mi descubrimiento, y se preparaba á visitar conmigo aquella maravilla, cuando levantándose una tempestad, la flota se vió precisada á colocarse en alta mar.

»En breve fue dispersada aquella flota. Sola é impelida por el viento del Mediodía, nuestra embarcacion vagó á merced de las concitadas olas por espacio de doce dias, y al fin llegamos á las aguas donde Michabou apacienta sus innumerables rebaños. (3) Una niebla húmeda y fria envolvió mar y cielo; las olas mugian entre las tinieblas, y un continuo zumbido salía de los cables del bajel, cuyas velas habian sido amainadas; las iracundas olas cubrian y descubrian el anegado puente; siniestros destellos de livida luz alumbraban tal vez las vergas; y á pesar de nuestros esfuerzos, la creciente marejada nos arrojó á la isla de los Esquimales. (4)

(1) La gavia.

(2) Tradicion histórica.

(3) El banco de Terranova.

(4) Terranova.

»Yo habia sido, ¡hijo mio! culpable de un deseo temerario: habia llamado con mis ruegos el espectáculo de una tempestad. ¡Insensato el que desea ser testigo de la cólera de los genios! Habiamos ya sido juguete de los mares tantos dias cuantos un extranjero puede pasar en una cabaña, sin que su huésped le pregunte el nombre de sus abuelos: el sol habia desaparecido por la sexta vez. La noche era horrorosa: yo estaba tendido en mi agitada hamaca, y prestaba oído á los roncós golpes con que las olas estremecian nuestra nave, cuando de improviso oí carreras en el puente y caer rotos los cables; al mismo tiempo espermenté el movimiento que se advierte cuando un bajel vira de bordo. La escotilla del entrepuente se abrió y sorda una voz llamó al capitán; aquella voz solitaria en la noche y la tempestad, inspiraba horror. Incorporéme en mi lecho, y me pareció que los marinos discutian acerca de la direccion de una tierra que teniamos á la vista. Subí, pues, al puente, donde Ononthio y los pasajeros se hallaban ya reunidos.

»Al asomar la cabeza por el entrepuente, presencié un espectáculo horroroso pero sublime. Al resplandor de la luna, que de tiempo en tiempo se mostraba entre las nubes, descubriase sobre entrambos costados del navio, á través de una niebla amarilla é inmóvil, unas costas salvajes; la mar alzaba sus olas á manera de montañas en el canal en que estábamos engolfados. Ora las olas se cubrian de espuma y centellas; ora ofrecian una superficie tersa salpicada de manchas negras, cobrizas ó verduzcas, segun el color del fondo sobre que bramaban; otras veces, una ola monstruosa venia, rodando sobre sí misma, á estrellarse como un mar que invadiese las olas de otro mar. Durante algunos momentos el discorde estruendo del abismo y de los vientos se confundian; y un momento despues oíase el choque de las corrientes, el silbido de los arrecifes y la melancólica voz de las lejanas ondas. De la concavidad del bajel salian rumores que hacian palpitar de espanto el corazon mas intrépido. La proa cortaba la masa espesa de las olas con pavoroso rozamiento, mientras las revueltas aguas saltaban en torbellinos sobre el timon, como en la súbita abertura de una esclusa. Pero en medio de aquel estrépito, nada era tal vez mas alarmante que un sordo murmullo, parecido al de un vaso que se colma.

»Entretanto, muchos mapas, compases y todo género de instrumentos estaban abiertos á nuestros piés. Cada uno hablaba en opuesto sentido de aquella tierra donde estaba sentado en un escollo el genio del naufragio; el piloto declaró que este era inevitable. Entonces, el limosnero del buque leyó en alta voz la oracion que lleva en alas de un torbellino el alma al Dios de las tempestades. Observé que algunos pasajeros iban á buscar lo que poseian, para salvarlo: la esperanza es como la montaña Azul de las Floridas: el cazador descubre desde sus enhiestas cimas un país encantador, y olvida los precipicios que le separan de él. Yo y los demás caudillos salvajes asimos un puñal para defendernos, y un hierro cortante para improvisar un arco y formar una flecha. Esceptuando la vida, ¿qué teniamos que perder? La ola que nos arrojaba á una costa inhabitada nos devolvía nuestra felicidad; el hombre desnudo saludaba el desierto y recobraba la posesion de su imperio.

»Plugo á la Suprema Sabiduría salvar la nave; pero la misma ola que la libertó de los escollos, arrebató uno de sus mástiles y me arrojó al abismo, al cual caí como el ave marina que se precipita sobre su presa. De repente, el bajel, impelido por los vientos, se dejó ver á inmensa distancia de mí, y como no podia detenerse sin esponerse de nuevo al naufragio, se vió precisado á abandonarme. Perdida,

pues, toda esperanza de alcanzarlo, empecé á nadar hacia la distante costa.

## LIBRO OCTAVO.

»Los primeros pasos de la mañana habianse impreso en manchas rojizas en las nubes de la tempestad, cuando cubierto con la espuma de las olas llegué á la costa, donde corriendo sobre el verdoso légamo, erizado con las pirámides del insecto de las arenas, me sustraje al furor del genio de las aguas. A corta distancia se descubria una gruta, cuya entrada cerraban algunos frambuesos. Separando las malezas y penetrando bajo la bóveda del peñasco, quedé agradablemente sorprendido al oír el tranquilo murmullo de una fuente; tomando entonces un poco de agua en el hueco de mi mano y haciendo una libacion, exclamé reconocido: «¡Desconocido manantío de esta gruta, no rechaces á un suplicante arrojado á tus playas por el Gran Espíritu! ¡No te irrite contra un infeliz esta maldicion del cielo! Si un dia torco á ver la tierra de los sasafrés, te sacrificaré dos ternos cuervos, cuyas alas serán mas negras que la noche.»

«Terminada esta plegaria, me tendí sobre unas ramas de pino; y estenuado de cansancio, me dormí á los suspiros del sueño que bañaba sus delicados miembros en el agua de la vecina fuente.

»A la hora en que el hijo de las ciudades, cubierto con un soberbio manto, se entrega á los solaces de un festin servido por la mano de la Abundancia, desperté en mi solitaria gruta. Presa del hambre, me levanté presuroso; y semejante al ciervo que ya libre de la flecha del cazador, cree tornar en breve á sus bosques; mas próximo á volver á su sombra encuentra otra partida de guerreros que le ahuyentan con gritos y le persiguen de nuevo en los montes: así me veia alejado de mi patria por los rigores de la fortuna.

»Al salir de la gruta, un oso blanco se dirigió á ella; retrocedí algunos pasos y desenvainé mi puñal. El monstruo, exhalando un sordo mugido, me amenazó con sus disformes garras, con su ennegrecido hocico y sus sangrientos ojos: levantéme y me asió como un lidiador que procura derribar á su adversario. Su aliento quemaba mi rostro; su hambre estaba próxima á cebarse en mi carne, me ahogaba con sus mortíferos abrazos, y con la misma facilidad con que abririan un marisco á la orilla del mar, sus uñas iban á desgarrar mis espaldas. En aquel trance supremo, invoqué el monitú de mis padres, y con la mano que me habia quedado libre hundí el puñal en el corazon de mi enemigo. Los brazos del monstruo se debilitan, abandona su presa, cae, rueda por el cenagoso suelo y espira.

»Lleno de alegría, aglomeré musgos y raices á la entrada de mi gruta: dos pedernales me proporcionaron fuego, y encendí una hoguera cuyas llamas se elevaban sobre los bosques. Arranqué la piel de la victima, la dividí en trozos, quemé una parte de la lengua y las demás que están consagradas á los genios; y procurando no romper los huesos, asé las partes mas suculentas. Sentéme sobre unas rocas bruñidas por la suave lima de las aguas, y di principio á un banquete con la hostia del destino, con picantes puerros y musgos de los peñascos tan tiernos como las entrañas de un tierno corzo. La soledad de la tierra y del mar estaba sentada á mi mesa, desde la que descubria en el horizonte, no sin una especie de agradable tristeza las velas del bajel donde habia naufragado.

»Habiendo la abundancia sucedido al hambre, y reinando otra vez la noche sobre la tierra, me retiré de nuevo al fondo de la caverna, con la piel del monstruo que habia derribado. Di gracias al Gran Espíritu que me habia hecho salvaje y me concedia en aquellos momentos tanta superioridad sobre el hombre civilizado, pues mis piés eran ágiles, vigoroso mi brazo, y mi vida estaba familiarizada con los desiertos: un genio amigo de los niños, el Sueño, hijo de la Inocencia y de la Noche, cerró blandamente mis párpados, y bebí el fresco zumaque del Meschacébé en la dorada copa de los Sueños.

»Los silbidos del chorlito y el grito de la cacatua pasada sobre los frambuesos de la gruta me anunciaron la nueva mañana, por lo que abandoné mi salvaje albergue. Ceñime por medio de raices de fresera la piel de mi victima, armé mi brazo con una rama de pino, hicéme un ceñidor de juncos y coloqué en él mi puñal; y semejante á un leon marino me adelanté á lo largo de las olas.

»Durante mi permanencia en las Cinco-Naciones iroquesas, el comercio y la guerra me habian conducido al país de los Esquimales, y habia aprendido algo de la lengua de este pueblo. Sabia que la isla (1) de mi naufragio se aproximaba, en la region de la estrella inmóvil (2), á las costas del Labrador; traté pues de dirigirme hacia aquel estrecho.

»Caminé tantas noches cuantas una mujer que no ha dado aun el pecho á un primogénito, permanece en la duda acerca del fruto que ha concebido: temerosa de engañar á su esposo, solo á su madre confia sus tiernas esperanzas; pero en su languidez, anuncio misterioso para el hombre, y en su secreto que se revela en sus miradas, el padre adivina su felicidad, y cayendo de rodillas, ofrece al Gran Espíritu su futuro hijo.

»Atravesé unos valles pedregosos, cubiertos de musgo, y en cuyo fondo corrian torrentes de agua medio congelada; algunos bosquecillos de frambuesos, algunos abedules y multitud de estanques sucios, poblados por todo género de aves marítimas, variaban la monotonía de tan triste escena. Aquellas aves me procuraban un abundante alimento; y las fresas, las acederas y diversas raices contribuian á la delicadeza de mis solitarios banquetes.

»Mi planta habia ya llegado al estrecho de las tempestades. Las costas del Labrador se mostraban algunas veces al opuesto lado de las olas al ponerse y al salir el sol. Animado por la esperanza de hallar algun navegante, caminaba á lo largo de las playas; pero al salvar los cabos borrascosos, solo descubria una serie de promontorios tan solitarios como los primeros.

»Un dia me hallaba sentado al pié de un pino, y las olas se dilataban á mi vista; yo hablaba interiormente con los vientos del mar y con los sepulcros de mis antepasados. Una brisa glacial se levantó súbitamente de las regiones del Norte y un reflejo luminoso se mecía en la bóveda celeste. De improviso descubrí una montaña de hielo flotante que impelida por el viento se acercaba imponente á la orilla. ¡Manitú del hogar de mi cabaña! dime cuál fue mi estupor cuando llegó á mi oído una voz que salía del movable escollo. La voz cantaba estas palabras, en la lengua de los esquimales:

«¡Salud, Espíritu de las tempestades! ¡salud, oh vel mas hermoso de los hijos del Océano!»

»Baja de tu colina, nunca alumbrada por el importuno sol; ¡baja, encantadora Elina, y embarquémonos en este hielo! Las propicias corrientes nos llevarán á alta mar; los lobos marinos acuden gozosos

(1) Terranova.

(2) Estrella polar.

»á entregarse al amor sobre los mismos hielos que nosotros.»

«Sé favorable para mí, Espíritu de las tempestades, oh el mas hermoso de los hijos del Océano!»

«¡Elina! por tí arrojaré mi harpon á la ballena, te labraré una venda para preservar tus seductores ojos del brillo de las nieves; fabricaré una choza subterránea, para que la habitemos al calor del fuego de musgo, y te daré treinta túnicas impenetrables á las aguas del mar. ¡Ven, ven á la cima de nuestra flotante roca! Nuestros amores serán encadenados á ella por los vientos, en medio de las nubes y la espuma de las olas.»

«¡Salud, Espíritu de las tempestades, oh el mas hermoso de los hijos del Océano!»

«Tal era aquel extraordinario canto. Cubriendo mis ojos con una mano y arrojando á las aguas parte de mi vestido, exclamé: «Divinidad de este mar cuya voz acabó de oír, séme propicia; ¡favorece mi vuelta!» Ninguna respuesta salió de la montaña, que fue á romperse en las arenas á escasa distancia del lugar que me servía de asiento.

«No tardé en ver bajar de ella á un hombre y á una mujer, vestidos de pieles de lobos marinos; y al ver las caricias que prodigaban á un niño, les reconocí por esposos. Así lo ha dispuesto el Gran Espíritu: la felicidad pertenece á todos los pueblos, á todos los climas: el mísero esquimal, sobre su inseguro escollo de hielo, es tan feliz como el monarca europeo, sobre su trono; un instinto idéntico hace palpitar el corazón de las madres y los amantes en las caliginosas nieves del Labrador y sobre los almohadones henchidos con la suave pluma de los cisnes del Sená.

«Encaminé mis pasos á la mujer, esperando que el hombre acudiría al auxilio de su esposa ó hijo: el espíritu que me inspiró esta idea, no engañó mi esperanza. El guerrero se adelantó hácia mí con furor; estaba armado con un venablo terminado en un diente de vaca marina; sus sangrientos ojos, chispeaban á través de sus ingeniosos anteojos, y su barba roja, enlazándose con sus negros cabellos, le daba un aspecto horroroso. Evité los primeros golpes de mi adversario, y arrojándome sobre él le derribé á mis pies.

«Elina, que detenida á alguna distancia, revelaba en sus ademanes el mas vivo dolor, falta de fuerzas, cayó sobre el peñasco. Cual el frágil guisante que se eleva alrededor de un haz de maíz, enlaza su flor delicada al trigo robusto, uniendo de este modo la gracia á la vida útil de su esposo; pero si la cortante piedra del indio siega la espiga, el humilde guisante, no sostenido ya por un tallo amigo, se dobla y cubre con sus racimos el suelo que le viera nacer: tal, la joven salvaje había caído en tierra, manteniendo abrazado á su hijo, tierna flor de su seno.

«Tranquicé como pude al vencido esquimal, y le acaricié pasando mi mano sobre su brazo, bien así como un cazador anima al fiel animal que le guía al fondo de los bosques; el esquimal se incorporó y abrazó mis rodillas en señal de reconocimiento y debilidad; pero en aquella actitud no se mostraba torpemente humillado como el europeo: era el hombre que obedecía á la necesidad.

«La mujer se recobró de su desmayo. Yo la llamé: dió un paso hácia nosotros, huyó, tornó, y estrechando cada vez mas el círculo, se acercó al fin á su dueño y á su marido; poniendo luego las manos en tierra, adelantóse hasta mis pies. Entonces tomé el niño que sobre su espalda llevaba, y le prodigué caricias que de tal modo cautivaron á la madre, que se puso á brincar de alegría. Cuando un guerrero lleva en sus brazos el corzo que halló en la montaña, la madre, arrastrando sus largos pechos y dominando su temor, sigue con blandos belidos al robador, á quien parece teme irritar contra el tierra huésped de los bosques.

«Luego que el esquimal hubo reconocido mi derecho de fuerza, mostróse tan sumiso cuanto se mostrara intratable. Bajé á la playa con mis dos nuevos vasos, y les di á entender que deseaba pasar al Labrador.

«El esquimal fue á tomar del peñasco unas pieles de lobo marino que yo no había visto, y estendiéndolas por medio de barbas de ballena, formó una larga canoa, que cubrió con una piel elástica. Colocóse luego en aquella especie de odre y me hizo entrar con su mujer y su niño; ciñéndose luego la piel en torno de su cintura, y semejante al mismo Michabou, gobernó á su placer los mares.

«Un trineo puesto en movimiento en la gran ciudad de tus padres, en el instante que dejamos la isla del naufragio, hubiera llegado al palacio de tus reyes despues de nuestra arribada á las costas del Labrador. Era la hora en que los mariscos de las playas se entreabren al sol, y la estacion en que los ciervos empiezan á cambiar el adorno de su cabeza. Los genios me preparaban aun nuevos destinos, pues de señor que era iba á trocarme en esclavo.

«No tardamos en hallar una partida de esquimales, que sin informarse de los árboles de mi país ni del nombre de mi madre, me cargaron con todos los útiles de la pesca, obligándome á entrar en una gran canoa. Armaron luego mi brazo con un remo, como si durante mucho tiempo sus manotó hubiesen estado en alianza con los mios, y subimos á lo largo de las costas del Labrador.

«Los dos esposos poco antes mis esclavos, se habían embarcado con nosotros; y no me dieron la mas ligera muestra de compasion ó de gratitud; habiendo cedido á mi poder, parecían muy natural que yo cediese á la sazón al suyo, porque al mas fuerte toca el imperio, mientras al mas débil incumbe la obediencia.

«Resignéme, pues, á mi suerte.

«Llegamos á una region donde nunca se ponía el sol. Pálido y ensanchado este astro giraba, nuncio de tristeza, alrededor de un cielo helado, y muchos animales de estrañas formas vagaban por desconocidas montañas. A un lado dilatábanse campos de hielo en que se estrellaba un mar incoloro; á otro se levantaba una tierra macilenta y desnuda, que tan solo presentaba una serie monótona de solitarias bahías y descarnados cabos. Algunas veces buscábamos un asilo en los agujeros de las rocas, de donde huían las águilas marinas exhalando roncós chillidos, y entonces escuchaba el estrépito de los vientos, repetidos por los ecos de las cavernas y el discordé fragor de los hielos que en la playa se rompían.

«Y no obstante, jóven amigo mio, reina alguna vez cierto encanto en aquellas devastadas regiones. Nada podria hacerte formar cabal idea del momento en que el sol, tocando la tierra, parecia quedarse inmóvil y subía luego por el cielo, en lugar de bajar al horizonte. Los montes, cubiertos de deslumbradora nieve, los valles cubiertos con el musgo blanco que rumian los renos, los mares poblados de ballenas y sembrados de hielos flotantes: toda aquella escena iluminada como á la vez por el fuego del Poniente y por la luz de la aurora, brillaba con los mas suaves y ricos matices, y se ignoraba si se asistía á la creacion ó al fin del mundo. Un pajarillo semejante al que canta durante la noche en tus bosques, hacia oír un lastimero gorgo; el amor llevaba entonces al salvaje esquimal á la roca donde le esperaba su compañera, y aquellas bodas del hombre en los últimos confines de la tierra no carecian de pompa y de felicidad.

«Pero en breve, á una claridad perpetua sucedió una noche sin término; una tarde, el sol bajó á su ocaso para no volver á mostrarse, y una aurora estéril que no produjo el astro del dia, apareció en el modo Septentrion. Caminamos á la luz del triste meteor, cuyas llamas movedizas y lividas se adherían

á la bóveda del cielo como á una superficie untuosa.

«Las nieves bajaron: los ciervos, los caribús (1) y hasta las aves desaparecieron; veíase á todos estos animales pasar y dirigirse hácia el protector Mediodía: ¡nada tan triste como aquella emigracion que dejaba aislado al hombre! Algunos truenos se prolongaron en las soledades donde ningun ser animado podia oírlos, y retumbaron como para reparar las dos escenas de la vida y de la muerte. El mar fijó sus olas, cesó todo movimiento, y al rudo choque de los rotos hielos sucedió un silencio universal.

«Al punto, mis huéspedes se ocuparon en fabricar cabañas de nieve, compuestas de dos ó tres aposentos que se comunicaban por medio de una especie de puertas muy bajas. Una lámpara de piedra, llena de aceite de ballena, cuya mecha era de musgo seco, servia á la vez para calentar nuestros ateridos miembros y para cocer la carne de las vacas marinas. La bóveda de aquellas grutas sin ventilacion derramaba gotas heladas, y no se podia vivir sino oprimiéndose mutuamente, y absteniéndose, por decirlo así, de respirar. Empero el hambre nos obligaba á salir de aquellos sepulcros de hielo, y nos era preciso llegar á los últimos límites del congelado mar para acechar los rebaños de Michabou.

«Mis huéspedes experimentaban entonces tan salvajes alegrías, que yo mismo las miraba con espanto. Si despues de una larga abstinenca clavábamos un dardo en una foca, esta era arrastrada sobre el hielo: la mas esperta matrona subía al palpitante animal, le abría el vientre, le arrancaba el hígado y bebía su aceite con avidez. Todos los hombres, todos los niños se abalanzaban á la presa, y desgarrándola con sus dientes, devoraban las crudas carnes; y los perros, que famélicos acudían al repugnante banquete, engullian los restos y lambían el ensangrentado rostro de los niños. El guerrero vencedor del monstruo recibía una parte de la víctima mayor que la de los demás; y cuando saciado de alimento, no podia devorar mas, su mujer, en señal de amor, le obligaba á tragar aun horribles trozos que le introducía en la boca. ¡Cuánto se diferenciaba, René, todo aquello de mi visita al palacio de tus reyes, y del banquete en casa de la elegante ikouessen!

«Un caudillo de los esquimales cesó de existir, y le dejaron á nuestro lado en uno de los aposentos de la choza, donde la humedad producida por las lámparas disolvió su cadáver. Los huesos humanos, los de los perros y los restos de los pescados eran arrojados á las puertas de nuestras cabañas; y el verano, deritiendo el sepulcro de hielo que crecía en derredor de aquellos despojos, los dejaba hacinados indistintamente en el suelo.

«Cierta dia vimos llegar en un trineo arrastrado por seis perros de largo pelo, una familia aliada de la á que yo servia como esclavo. Aquella familia regresó poco despues al lugar de donde habia venido; y mi amo, que la acompañó, me mandó le siguiese.

«La tribu de esquimales á que llegamos, no habitaba como la nuestra en cabañas de nieves, pues habíase retirado á una gruta cuya abertura se cerraba con una piedra. Tal como se ve, al principio de la luna viajera, á las cornejas reunirse en batallones en algun valle; ó cual las hormigas se retiran al abrigo de una raíz de encina; así aquella numerosa tribu de esquimales se habia refugiado en el subterráneo.

«Di la vuelta á la sala, en busca de algunos viejos, que son la memoria de los pueblos: el mismo Gran Espíritu debe su ciencia á su eternidad. Vi á un hombre de edad proveya, cuya cabeza estaba cubierta con la piel de una liebre, y le saludé diciendo: «¡Padre mio! tú has honrado mucho á los tuyos, puesto que el cielo te ha concedido una larga vida. En pre-

»mio de mi respeto á tus abuelos, permíteme sentarme á tu lado en la estera. Si yo supiese donde una muerte tranquila ha depositado los huesos de tus padres, te los hubiera traído para regocijarte.»

«El anciano levantó su gorro de piel de oso y me miró algun tiempo, reflexionando su respuesta. El rumor de las alas de la cigüeña que se levanta de un bosquecillo de magnolias en el cielo de las Floridas, es menos delicioso al oído de una doncella que lo fueron para mí las palabras de aquel hombre, al oír de sus labios, en la caverna de los horrosos esquimales, el lenguaje del sacerdote divino de las márgenes del Sená.

«Soy hijo de la Francia, me dijo el anciano: cuando arrancamos á los hijos de Albion las fortalezas construidas en los confines del Labrador, yo seguía al denonado d' Ierville; pero mi amor á una hija de los mares me retuvo en estas desastrosas regiones, en que he adoptado las costumbres y el género de vida de los abuelos de la mujer á quien amaba.»

«A la manera que en los pozos de las sábanas de Atala se ve salir de los subterráneos canales al habitante de las aguas, soberbio extranjero á quien el amor ha alejado de su patria: así, ¡oh Gran Espíritu! te complaces en conducir á los hombres por caminos que solo tu providencia conoce. Encuétrase ¡oh René! á los guerreros de tu país en todos los pueblos, pues los mas civilizados de los hombres se convierten cuando les place, en los mas bárbaros; no tratan de civilizarnos, sino que les parece mas fácil hacerse salvajes como nosotros. La soledad no tiene cazadores mas hábiles, ni combatientes mas intrépidos, y háseles visto sufrir los tormentos del cuadro de fuego (1) con la misma presencia de ánimo que los indios, y hacerse tambien por desgracia tan crueles como sus verdugos. ¿Acaso el último grado de la civilizacion está en contacto con el estado natural? ¿O es que el francés posee una especie de genio universal que le hace apto para todos los géneros de vida y para todos los climas? He aquí lo que solo podría decidir la sabiduría del padre Aubry ó del jefe de la oracion (2) que corrigió el orgullo de mi ignorancia.

«Pasé la estacion de las nieves en compañía del viejo semi-salvaje, instruyéndome en todo lo concerniente á las leyes, ó por mejor decir, á las costumbres de los pueblos en que me hallaba.

«Terminaba el invierno; la luna habia alumbrado por espacio de tres meses desde el nebuloso cielo las mudas y fijas olas que no reflejaban su imagen. Una pálida aurora se deslizó en las regiones del Mediodía y se desvaneció; apareció de nuevo, agigantóse y adquirió colorido. Un esquimal enviado al descubrimiento, nos anunció una mañana que el sol estaba próximo á dejarse ver; á tan fausta nueva salimos en tropel del subterráneo, para saludar gratos al padre de la vida. El astro se mostró por un momento en el horizonte, pero tornó á hundirse súbitamente en la noche, á semejanza del justo que alzando su esplendorosa frente de la region de los muertos, volviése á reclinar en el sepulcro al aspecto de la desolacion de la tierra: entonces prorrumpimos en un grito de júbilo y de dolor.

«El sol describió lentamente una órbita mas estensa en el cielo. Densas nieblas cubrieron la tierra y los mares. La superficie sólida de los rios se desprendió de sus orillas, y por primer rumor oyóse el tímido grito de un ave; luego murmuraron algunos arroyos y los vientos recobraron la potente voz. Por último, las aglomeradas nubes se rasgaron en todas direcciones; anexas cataratas de turbias aguas se

(1) Los tormentos á que eran sometidos los prisioneros de guerra.

(2) Fenelon.

(1) Animales silvestres del Canadá.

despeñaron de las montañas, y las moles de nieve cayeron con roncó estruendo de los escarpados peñascos; el caduco Océano, despertado en el fondo de sus abismos, rompió sus cadenas, sacudió altivo la cabeza erizada de hielos, y vomitando las olas encerradas en su anchuroso pecho, derramó por las costas las bramadoras mareas.

«A esta señal poderosa, los pescadores, del Labrador se dispersaron, abandonadas ya las glaciales cavernas; cada pareja volvió á su soledad, para construir su nuevo nido y cantar sus nuevos amores. Y yo, substraéndome por medio de la fuga al poder de mi amo, adelanteme hácia las regiones del Mediodía y del Occidente, esperando hallar otra vez los manantiales de mi río natal.

«Después de haber atravesado inmensos desiertos y vivido durante algunos años entre muchas hordas errantes, llegué al país de los Sioux, hombres amados de los genios por su hospitalidad, su justicia, su piedad y apacibles costumbres.

«Esos pueblos habitan las praderas situadas entre las aguas del Misouri y del Meschacébé, sin caudillo y sin ley, apacentando en las sábanas numerosos rebaños.

«No bien supieron la llegada de un extranjero, acudieron á disputarse el honor de acogerme. Nadué que tenía seis hijos y gran número de yernos, obtuvo la preferencia, pues se declaró que la merecía como el mas justo de los Sioux y el mas feliz por su union conyugal. Entré en una tienda de pieles de búfalo, abierta por todas partes, sostenida en cuatro puntales y levantada á la orilla de una cristalina corriente. Las demás tiendas en que se veía á las alegres familias, estaban esparcidas aquí y acullá en las llanuras.

«Después que las mujeres hubieron lavado mis pies, me fue servida una crema de nueces y tortas de raiz de yuca. Habiendo mi huésped hecho libaciones de leche y de agua de fuente al benigno Tebeo, genio pastoril de aquellos pueblos, me condujo á un lecho de yerba, cubierto con la piel de una cabra. Estenuado de fatiga, me dormí al rumor de los votos de la hospitalaria familia, á los cantos de los pastores y á los rayos del sol en su ocaso, que pasando horizontalmente bajo de la tienda cerraron con sus varillas de oro mis pesados párpados.

«Al día siguiente me dispuse á abandonar mis huéspedes; pero me fue imposible sustraerme á sus ruegos para que no me alejase. Cada familia quiso darme una fiesta. Fuéme preciso narrar mi historia, que no se cansaban de oír y hacerme repetir.

«De cuantas naciones he visitado, aquella me ha parecido la mas feliz: ni miserable como el pescador del Labrador, ni cruel como el cazador del Canadá, ni esclavo como antiguamente el natche, ni corrompido como el europeo, el siou reúne todo lo que puede desearse en el hombre salvaje y en el hombre civilizado. Sus costumbres son dulces como las plantas que le alimentan; huye de los inviernos, y amante de la primavera, conduce sus rebaños de campiña en campiña; tal, la silenciosa viajera de las noches parece guardar en las llanuras del cielo las nubes que la acompañan; tal, la golondrina sigue las flores y los hermosos días; tal, la doncella en sus risueñas fantasías, deja vagar sus ideas de paisajes en paisajes, y de felicidades en felicidades.

«Insté á mi huésped para que me permitiese regresar á la cabaña de mis abuelos, cuando una mañana al salir el sol, quedé sorprendido al ver reunidos á todos los pastores. Nadué se presentó á mí con dos de sus hijos, y me colocó en medio de los ancianos que estaban sentados circularmente á la sombra de un bosquecillo, desde donde se descubría toda la llanura. Los jóvenes se mantenían en pié en derredor de sus padres.

«Nadué tomó la palabra y me dijo: «¡Chactas! La sabiduría de nuestros ancianos ha examinado lo que mas conviene á la nación de los Sioux. Hemos visto que el manitú de nuestros hogares no nos seguía á las batallas y que nos entregaba al enemigo, porque ignoramos las artes de la guerra. Ahora bien: tú abrigas un corazón dotado de rectitud, y el conocimiento de los hombres ha llenado tu alma de máximas excelentes; sé, pues, nuestro jefe, defiéndenos y reina con la justicia. Abandonaremos tu obsequio las costumbres de antiguos días, y dejando de formar familias aisladas, constituiremos un pueblo; en todo esto adquirirás una gloria inmortal.

«He aquí lo que haremos: elegirás la mas hermosa de las doncellas de los Sioux; cada familia te ofrecerá cuatro terneras de tres años con un vigoroso toro, siete cabras preñadas, otras cincuenta que produzcan gran cantidad de leche, y seis veloces perros adiestrados en la caza de los corzos, los ciervos y todos los animales montaraces; añadiremos también á estos presentes cuarenta pieles de búfalos negros para cubrir la tienda. Al ver tus cuantiosas riquezas, nadie podrá creer que no eres feliz. Presérvente los Genios de rechazar nuestro ruego! Tu padre no existe, y tu madre duerme á su lado; serías, pues, un extranjero en tu patria. Si te maldijésemos en nuestro dolor, ya sabes que el Gran Espíritu realiza las maldiciones pronunciadas por los hombres sencillos. Muévate nuestra amargura y presta benigno oído á nuestras palabras.»

«Herido por las flechas invisibles de un genio, permanecí mudo en medio de la asamblea; pero rompiendo al fin el silencio, respondí: «¡Oh Nadoué, honor de los pueblos! voy á decirte toda la verdad. Tomo por testigos á los manitús hospitalarios del hogar donde recibí generoso albergue, de que nunca ha manchado mis labios la palabra de la mentira: ¡ya veis si estoy conmovido! ¡Sioux de las sábanas! Jamás saldrá de mi memoria la acogida que os he merecido; y los presentes que me ofrecéis no pueden ser rechazados por un hombre dotado de alguna sensatez; mas yo soy un miserable condenado á vagar sobre la tierra. ¿Qué atractivos me ofrecería el poder real? Temed, por otra parte, daros un dueño; que un día os arrepentiríais, ¡tarde tal vez! de haber abandonado la libertad. Si os atacan injustos enemigos, implorad al cielo, y este os salvará porque nuestras costumbres son santas.

«¡Oh sioux! puesto que os he inspirado algun aprecio, no detengais mis pasos; acompañadme á las orillas del Meschacébé; dadme una canoa de ciprés para que desembarque en la tierra de los sasafrás. Yo no soy un perverso á quien los Genios han castigado por sus crímenes, y no debéis temer la cólera del Gran Espíritu al favorecer mi regreso á la patria. Mis sueños, mis vigilias y mi reposo, llenos están de las dulces imágenes de esa patria que incesantemente lloro. Soy el mas miserable de los cervatillos de los bosques; ¡no desoigais, pues, mis lamentos!»

«Los pastores se enternecieron, pues el Gran Espíritu les habia hecho compasivos. Acallado el murmullo de la multitud, Nadoué me dijo: «Los hombres y también los Genios se han conmovido á tus palabras. Te concedemos la piragua del regreso; empero, contraigamos primero estrecha alianza; reunamos piedras para hacer un lugar elevado y comamos en su cúspide.»

«Hizose como se habia dicho: el manitú de Nadoué, el de los Sioux y el de los Natchez recibieron el sacrificio. Estipulada la alianza, que los pastores conceptuaron muy ventajosa, marché con ellos por espacio de seis días para llegar al Meschacébé; mi corazón latía con creciente vehemencia al aproximarme á él, y cuando le descubrí á larga distancia,

corrí presuroso y me arrojé á sus orillas á la manera que el pez, libre de las redes, se sumerge lleno de alegría en las olas. Entonces, acercando á mis labios el agua sagrada, exclamé:

«¡Torno al fin á verte, oh río que corres en el país de Chactas! ¡Río en que me sumergieron mis padres cuando abrí mis ojos á la luz! ¡Río donde me solazaba en mi niñez con mis tiernos compañeros! ¡Río que acaricias la cabaña de de mi padre, y el árbol querido á cuya sombra fui amamentado! ¡Oh, sí! ¡te reconozco! ¡Hé allí los flexibles mimbres que crecen en tu cauce en los Natchez, y de que yo solía tejer ligeros canastillos; hé allí las cañas cuyos nudos me servían de copa! ¡Reconozco el sabor y la dulzura de tus aguas, y tu color semejante al de la leche de nuestros rebaños!»

«Así decia en el entusiasmo de mi júbilo, y las delicias de la patria se deslizaban ya en mi corazón. Los sioux, hombres dotados de un natural sencillez y amante de la justicia, se regocijaban en mi alegría. Abracé á Nadoué y sus hijos, deseé á mis bondadosos huéspedes toda clase de bienes, y entrando en mi piragua, cargada de presentes, abandonéme á la corriente del Meschacébé. Los sioux, agrupados en la orilla, me saludaban con ademán y voz; yo les miraba y les hacia señas de despedida, suplicando á los Genios concediesen su protección á aquel inocente pueblo. Continuamos dándonos recíprocas muestras de amor hasta que doblé un promontorio que me ocultó á los pastores; pero oía aun el eco apagado de su voz, que las brisas dispersaban sobre las aguas, á lo largo de las márgenes del río.

«Cada hora me aproximaba á este campo paterno de que me hallaba ausente después de tantas nieves. Habia salido de él falto de esperiencia, en mi décima séptima luna de flores, y tornaba á habitarle caida ya mi trigésima tercera hoja, lleno del triste conocimiento de los hombres. ¡Por cuántas aventuras habia pasado! ¡cuántas regiones habia recorrido! ¡cuántos pueblos habian visitado los pasos de mi infortunio! Estas reflexiones abstraían mi espíritu, mientras la corriente arrastraba mi barquilla.

«Atravesé la embocadura del Misouri, y ví al Oriente el desierto de los Casquias y de los Tamaruas que viven en las repúblicas unidas, en la confluencia del Ohio, hijo de la montaña Alleghany y del río Monbougohalla, descubrí el país de los Queroqueses, que siembran sus campos como el europeo, y á los Wabaches, siempre en guerra con Illineses. Mas allá pasó el río Blanco, frecuentado por los cocodrilos, y el Akensas, que se reúne al Meschacébé por la orilla occidental. Vi á mi izquierda la region de los Chicassas, procedentes del Mediodía, y la de los Yazous, corredores de las montañas, y dejé á mi derecha los Selonis y los Panimas que beben las aguas del cielo y viven bajo los lataneros (1).

«Finalmente, divisé la cima de los altos magnolias que coronan la aldea de los Natchez. Mis ojos se anublaron, mi corazón se agitó en el pecho, y caí sin movimiento en el fondo de mi piragua, que impelida por la mano del Río, fue á estrellarse en la orilla.

«¡Bosquecillos de la Muerte, que cubriéis en breve con vuestra sombra las cenizas del viejo Chactas! ¡antiguas encinas, mis compañeras de soledad! ¡Vosotros sabéis cuales fueron mis pensamientos, cuando repuesto de la emoción que me causó el Genio de la patria, me encontré sentado al pié de un árbol y entregado á una multitud curiosa que en mi derredor se agolpaba. Yo miraba el cielo, la tierra, el río y los salvajes, sin poder hablar ni espresar la efusión de mi alma. Pero cuando uno de aquellos desconocidos pronunció algunas palabras en natche, aliviá-

do entonces y anegado en lágrimas, estreché entre mis brazos mi tierra natal, y apliqué á ella mis labios, como un amante á los de una amante; luego levantándome, exclamé:

«¿Son estos los Natchez? Manitú de mis desventuras, ¿no me engañas de nuevo? ¿Es la lengua de mi país la que acabo de escuchar? ¿Mis oídos no me han alucinado?»

«Después de tocar las manos, el rostro y los vestidos de mis hermanos, dije á la atónita multitud: «¡Amigos míos, mis queridos amigos, hablad, repetid esas palabras nunca de mí olvidadas! ¡Hablad, para que halle en vuestros labios los dulces acentos de la patria! ¡Oh lenguaje caro á los Genios, lenguaje en que aprendí á pronunciar el nombre de padre, y que oía cuando aun descansaba en el seno materno!»

«Los natchez, que no podían salir de su sorpresa, al ver el desorden de mis sentidos, se persuadieron que yo era un hombre poseído de Athaensia por algun crimen perpetrado en remoto país, y se disponían á alejarme como un sacrilego del bosque del templo y de los bosquecillos de la Muerte.

«La multitud se hacia cada vez mas numerosa, cuando alzándose un súbito grito, yo exhalé otro al reconocer á los caudillos mis compañeros de esclavitud en tu patria, y arrojándome á sus brazos, confundimos nuestras lágrimas y regocijo... «¡Chactas! ¡Chactas!» era la única palabra que podían articular en su ternura. Entonces, mil voces repitieron: «¡Chactas! ¡Chactas! ¡Genios inmortales! ¿Cómo no hemos conocido al hijo de Oualissi, á Chactas, á quien se creía victima de las olas?»

«Tales eran las unánimes aclamaciones. Oíase un rumor confuso, semejante á los ecos de las olas al romperse en los bajos.

«Mis amigos me dijeron que habiendo llegado á Quebec en el bajel, después de mi naufragio, se trasladaron primero al país de los Iroqueses, de donde fueron, después de tres años, á contar mis desgracias á mis padres y á mi país. Concluido su relato, me llevaron al templo del Sol, y en él colgué mis vestidos como en ofrenda. Después de haberme purificado y antes de tomar alimento alguno, me encaminé desde allí al bosquecillo de la Muerte, para saludar las cenizas de mis abuelos. Los ancianos vinieron á buscarme, pues la noticia de mi regreso habia volado de cabaña en cabaña. Muchos de ellos me reconocieron por mi semejanza con mi padre; quien decia: «¡Hé aquí los cabellos de Oualissi!» quien: «¡Es su misma mirada, su voz misma!» quien: «Es su mismo aspecto, pero se diferencia de su abuelo en su mayor estatura.»

«Los hombres de mi edad acudían también presurosos, y por medio de ciertas circunstancias reproducidas á mi memoria, me recordaban los bellos días de nuestra juventud, y entonces hallaba en sus semblantes unas facciones que no me eran desconocidas. Las matronas y las jóvenes no podían saciar su curiosidad, y me traían toda clase de presentes.

«La hermana de mi madre existía aun, aunque ya moribunda, y mis amigos me llevaron á su cabaña. Al oír pronunciar mi nombre, hizo un esfuerzo para levantarse, me reconoció, alargó la mano, levantó sonriendo sus ojos al cielo y cumplió su destino. Yo me retiré presa de los mas negros presentimientos, al ver señalado mi regreso con la muerte del último pariente que en el mundo tenia.

«Mis compañeros de esclavitud me llevaron á su choza de corteza y pasé en su compañía aquella noche. Allí contamos, sobre la piel de oso, muchas cosas dictadas por el corazón; cosas de esas que se dicen á un amigo ya libre de un gran peligro.

«Al día siguiente, después de haber saludado la luz, los árboles, los peñascos, el río y toda la patria,

(1) Arbol grande del Brasil y de las Antillas.

deseé entrar en la cabaña de mi padre, que hallé en el estado á que la habian reducido la soledad y los años: en su centro descollaba un magnolia, cuyas ramas se estendian sobre el techo; las hendidas paredes estaban cubiertas de musgo, y una yedra abrazaba el contorno de la puerta con sus negras y cabelludas manos.

»Senteme al pié del magnolia, y me abismé en el confuso tropel de mis recuerdos. «Tal vez, me decia, ven mi religion del desierto, mi madre ha vuelto á su cabaña, bajo la forma de este hermoso árbol.» «Y acariciaba el tronco de aquel suplicante que se habia refugiado al hogar de mis ascendientes, haciéndose su genio doméstico durante la ingrata ausencia de los amigos de mi familia. Erame grato encontrar por sucesor bajo mi hereditario techo, no al hijo indiferente de los hombres, sino á una generacion pacífica de árboles y de flores; la igualdad de destinos que parecia existir entre mí y el magnolia, único objeto que habia quedado en pié entre aquellas ruinas, me enternecia profundamente. ¡Ah! ¿No

entregara yo á la hija de Lopez una flor de magnolia que la acompañó al sepulcro?

»Embelesado en estos pensamientos, delicia íntima del alma, proponíame reconstruir mi cabaña y consagrar el magnolia á la dulce memoria de Atala, cuando oí cierto rumor. Un sachem, tan viejo como la tierra, se presentó bajo las yedras de la puerta; una espesa barba le cubria parte del rostro, y su pecho estaba erizado de un vello largo, parecido á las yerbas que crecen en el álveo de los rios; apoyábase en una caña; oprimia su cintura un áspero ceñidor de juncos; una corona de flores de laguna ornaba su frente, de sus hombros pendia un amplio manto de piel de nutria y de castor, y parecia salir del rio, pues sus vestiduras, barba y cabellos destilaban agua.

»Nunca he sabido si aquel anciano era realmente algun antiguo sachem, algun sacerdote conocedor del porvenir y habitante de una isla del Meschacébé, ó si era el antiguo padre de los rios, el mismo Meschacébé. «¡Chactas! me dijo, con un acento que



BATALLA ENTRE LOS NATCHEZ Y FRANCÉSES.

»se asemejaba al rumor de una cascada, cesa de pensar en la reconstrucción de tu cabaña. ¿Disputarías su posesion á un genio, oh el mas imprudente de los hombres? ¿Crees haber llegado al término de tus trabajos, y que nada ya debes hacer sino sentarte en la estera de tus padres? Brillará un dia en que el sangre de los Natchez...»

«El misterioso sachem enmudeció, y agitando la caña que en la mano tenia, me dirigió una mirada profética, mientras bajando y volviendo á alzar la cabeza, golpeaba su pecho con la cenagosa barba. Arrojéme á los piés del anciano; mas él, lanzándose al rio, desapareció entre sus revueltas aguas.

»No me atreví á quebrantar el mandato de aquel hombre ó de aquel genio, y construí mi nueva morada en la colina donde hoy la ves. Habiendo vuelto Adario del país de los iroqueses, trabajé con él y con el anciano Sol en la mejora de las leyes de mi patria.

En premio del escaso bien que he practicado, se me profesa mucho amor.

»Avanzo á pasos agigantados hácia la mitad de mi carrera, y pido al cielo conjure las tempestades con que ha amenazado á los natchez, ó me reciba en sacrificio. Al efecto, procuro santificar mis dias para que la pureza de la víctima sea grata á los Genios; esta es mi única precaucion contra el porvenir. No he interrogado á los adivinos, pues debemos llenar los deberes que la virtud nos enseña, sin escudriñar con temeraria curiosidad los arcanos de la Providencia. Hay una especie de sabiduría impaciente y de prudencia culpable que el cielo castiga siempre. Tal es, hijo mio, la demasiado larga historia del viejo Chactas.»

## LIBRO NOVENO.

LA narracion de Chactas habia conducido á los Natchez hasta los valles frecuentados por los castores, en el país de los Illineses. Aquellos pacíficos y maravillosos animales fueron atacados y destruidos en todas direcciones. Despues de numerosos holocaustos en obsequio de Michabou, genio de las aguas, los indios empezaron á desollar simultáneamente sus víctimas, en el dia preljado por el sacerdote. Apenas el hierro habia entreabierto las flexibles pieles, oyose este grito: «¡Una hembra de castor!» Los mas

vigorosos guerreros dejaron caer al suelo su presa, y el mismo Chactas se mostró turbado.

Existen entre los salvajes tres causas de guerra: la invasion de las tierras, el rapto de una familia y la destruccion de las hembras del castor. Ignorando el derecho público de los indios y careciendo de la experiencia de los cazadores, René habia dado muerte á algunas hembras de castor. Deliberóse tumultuariamente sobre el caso: Onduré queria que el culpable fuese abandonado á los Illineses para evitar una guerra sangrienta; el hermano de Amelia fue el primero que se presentó en espiacion. «¡Ya lo ves! dijo á Chactas, arrastro por donde quiera mis infortu-



CELUTA.

»nios; ¡librate de un hombre que pesa sobre la tierra!»

Outougamiz sustuvo que el guerrero blanco, cuyo manitú de oro llevaba en prenda de la jurada amistad, solo habia delinquido por ignorancia: «Los que tanto temen á los illineses, exclamó, pueden ir á mendigar de ellos la paz; de mí diré que conozco un medio mas seguro de obtener la victoria. El

»hombre blanco es mi amigo, y todo el que sea su enemigo, lo es mio.» Al pronunciar estas palabras, el joven salvaje fulminó á Onduré una mirada terrible.

Outougamiz era célebre entre los Natchez por su candor y por su arrojo; habianle denominado Outougamiz el Simple. Nunca tomaba la palabra en un